

Un himno al misterio de Dios (3/3)

Dr. Justo L. González



Conferencia de Río Grande
1994

Un himno al misterio de Dios (3 de 3)

Texto bíblico: Efesios 1:3-14 (RVR 1960)

El texto para esta noche es una sola oración. Pero es la oración más larga de toda la Biblia. Es tan larga, que los traductores no han encontrado el medio de traducirla en una sola oración. La RVR lo divide en tres oraciones. La BJ, en cuatro. La VP, en once. Esa división en varias oraciones tiene su valor, pues en nuestra lengua no acostumbramos escribir ni decir oraciones tan largas. Cortando el pasaje en una serie de oraciones facilitamos su lectura y entendimiento. Lo que se pierde, empero, es la impresión de ímpetu avasallador que tiene el texto en su forma original. Lo que en la VP se nos da gota a gota, como para que podamos asimilarlo, en el original es un Niágara cuyo torrente nos lleva consigo sin permitirnos siquiera el asidero de un punto y seguido. Dividir el texto en una serie de oraciones cortas nos ayuda a entender el texto. Pero leámoslo primero cómo se escribió, de un golpe, y ello nos ayudará, si no a entenderlo, al menos a sentirlo y vivirlo:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.

En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

¡Qué texto tan tremendo! Tremendo por lo mucho que contiene, pues habla de cosas que fueron “antes de la fundación del mundo”, y habla también de cosas que serán al final, cuando lleguemos a “la redención de la posesión adquirida”. Pero tremendo sobre todo porque no nos da descanso. ¡Cómo quisiéramos detenernos en cada una de sus palabras, cargadas de significado, preñadas de profundas cuestiones teológicas! “Nos bendijo con toda bendición espiritual” ... ¿Qué son esas bendiciones? “En los lugares celestiales” ¿Qué querrá decir esto? Pero, sin darme lugar a respirar, y mucho menos a pensar, el texto sigue: “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo” ... ¿Tendrán razón los que proponen la doctrina de la predestinación? “Para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” ... ¿Tendrán razón los que hablan de la “completa santificación”? Pero el pasaje no me da descanso ni ocasión de pensar, sino que, como quien ha caído en un torrente, el texto me arrastra, sin darme más que un atisbo de una y otra orilla, y sin darme ocasión para descanso ni permitirme asidero alguno: “para ser adoptados hijos suyos” ... “para alabanza de la gloria de su gracia” ... “tenemos redención por su gracia” ... “dándonos a conocer el misterio de su voluntad” ... “de reunir todas las cosas en Cristo” ... “la dispensación del cumplimiento de los tiempos” ... “en él asimismo tuvimos herencia” ... “según el designio de su voluntad” ... “fuisteis sellados con el

Espíritu Santo de la promesa” ... “que es las arras de nuestra herencia” ... etc., etc.

Nos sentimos como lanzados en medio de un Niágara teológico y, como el poeta cantador del Niágara, bien podríamos decir:

...El alma mía
en vagos pensamientos se confunde
al contemplar la férvida corriente...
...mil olas,
cual pensamiento rápidas pasando,
chocan y se enfurecen,
y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
y entre espuma y fragor desaparecen.

El texto es como un himno de alabanza. Todo lo que dice no es sino ampliación de sus palabras iniciales: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Todo lo que sigue, aunque nos dé motivo para profundas disquisiciones teológicas, está allí para servir de alabanza a ese Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Es por eso que el texto está escrito como está. Su propósito no es informarnos sobre la predestinación, o la santificación, o la salvación por gracia. Su propósito es más bien arrastrarnos en un himno de alabanza. Si nos presenta amplias vistas de los tiempos antes de la fundación del mundo, y de los tiempos después de la consumación de la historia, ello no es para que especulemos acerca de esos tiempos, sino para que alabemos y bendigamos al Señor de todos los tiempos.

El himno de alabanza no conduce ante todo al análisis, sino al sobrecogimiento, al silencio de quien sabe que el grande Jehová, el “bendito Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”, es infinitamente superior a cualquier cántico y a cualquier análisis teológico. El autor de Efesios

nos lanza este abrumador torrente, no primeramente para que analicemos cada una de sus partes, sino para que nos dejemos arrastrar; para que alcancemos siquiera un atisbo de la inmensidad de Dios; para que, como el poeta, aprendamos que ante la munificencia de Dios la primera respuesta es el silencio:

¡Señor, yo te conozco! Mi corazón te adora;
Mi espíritu de hinojos ante tus pies está.
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”. ... Silencio ... “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo”. ... Silencio ... Las explicaciones teológicas abundan, y tienen su lugar. Pero por lo pronto la mejor respuesta es ... silencio ... Silencio como el que existía “antes de la fundación del mundo”. Silencio ante el brazo prepotente del Señor de los espacios siderales. Silencio ante el amor entrañable que llena hasta los intersticios interatómicos. Silencio...

A los latinos nos gusta hablar. A los predicadores nos gusta opinar acerca de todas las cosas. A los que somos las dos cosas, predicadores y latinos, se nos hace difícil guardar silencio.

Pero el propósito de toda esta doxología es invitarnos a guardar silencio. Silencio, no en el sentido de estar callados, sino en el sentido de saber que todas nuestras palabras, por muy altisonantes o profundas que parezcan, tienen que enmarcarse dentro del grande e inefable misterio de Dios.

Esa palabra, “misterio”, se encuentra al centro mismo del pasaje que venimos estudiando. Esta bella y sobrecogedora doxología está construida en círculos concéntricos. Al principio del texto, se nos habla de lo que tuvo lugar “antes de la fundación del mundo”. Al otro extremo, se nos habla de lo que tendrá lugar al cumplimiento de la historia. Por una parte se nos habla de haber sido predestinados; por la otra, de haber sido sellados con la promesa. De lado y lado se nos dice que esto tuvo lugar “por el puro afecto de su voluntad”, o “según el designio de su voluntad”. Después, tanto de una parte como de la otra, se nos habla de la redención en Jesucristo. Y por último, al centro de todo, está “el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo”.

Cambiando la metáfora, podríamos hablar, no ya de un torrente, sino de un torbellino o de un remolino que en una serie de círculos concéntricos nos va arrastrando hacia el centro mismo, el “ojo” del pasaje, el “misterio” de la voluntad de Dios.

El misterio de la voluntad de Dios—misterio revelado en Jesucristo—es el tema central de la Epístola a los Efesios. Tanto es así, que la última vez que utiliza la palabra “misterio”, en 6.19, el autor prácticamente da a entender que el misterio es el evangelio, pues pide que “me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas”.

Volvamos entonces al centro del pasaje: “dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra”.

Al leer estas líneas, hay que destacar al menos tres puntos.

El primero es que el misterio, aunque nos haya sido dado a conocer, no pierde por ello su carácter misterioso. La Epístola nos dice que ahora conocemos que la voluntad de Dios, que se había propuesto en sí mismo, era reunir todas las cosas en Cristo. Pero no nos dice cómo esto ha de ser. El misterio se nos da a conocer, pero no se nos aclara. Ahora sabemos en qué consiste la voluntad de Dios; pero todavía el modo en que esa voluntad ha de cumplirse sigue siendo misterioso, inefable y hasta impenetrable.

El segundo punto que hay que destacar es que Cristo tiene un papel central en el cumplimiento de esa voluntad divina. Es en Cristo que el misterio se nos ha dado a conocer. Pero mucho más, Cristo mismo, y su función de reunir todas las cosas en sí, es el centro del propósito escondido de Dios. Cristo no es solamente la revelación del misterio, sino que será también su cumplimiento.

Por último, el tercer punto que hay que recalcar es que este misterio involucra a la creación entera: el propósito de Dios es reunir en Cristo, como en una sola cabeza, “todas las cosas así las que están en los cielos, como las que están en la tierra”.

Esto nos enfrenta de plano una vez más con el misterio. ¿Cómo ha de ser? No lo sabemos. Pero lo que el texto dice es que el propósito eterno de Dios incluye **todas** las cosas. Me incluye a mí, pecador que soy. Nos incluye a todos los que estamos aquí presentes. Pero incluye mucho más. Incluye “todas las cosas”. Incluye las cosas que están en los cielos, e incluye las cosas que están en la tierra. Incluye las almas e incluye los cuerpos. Incluye las personas, e incluye los animales, las plantas, y hasta las cosas inanimadas. Incluye a los individuos, las familias, las comunidades y los pueblos. Incluye las cosas que existen ahora, y las que existieron hace quince siglos. Cómo pueda ser tal cosa, yo no lo sé. ¡Pero eso es lo que dice nuestro pasaje con todas sus letras. ¡No en balde se nos dice que es misterio! Es más: es misterio de misterios.

Yo no sé cómo pueda ser tal cosa. Pero sí puedo ilustrarlo con una experiencia de hace muchos años. Ya comenzaba a ponerse el sol cuando yo, un mozuelo de unos dieciséis o diecisiete años, regresaba a mi casa después de pasar la tarde estudiando en casa de un compañero. Para regresar a casa, tenía que pasar frente a uno de esos viejos cementerios de corte colonial que hay en tantas ciudades latinoamericanas. Recuerdo que en aquella ocasión, me llamó la atención cierto tipo de monumento que aparecía sobre muchas tumbas. Eran obeliscos de mármol que parecían alzarse llenos de promesas, pero que luego quedaban trancos, y cubiertos

con un velo. Señales de vidas trucas. Uno de aquellos obeliscos truchos era el doloroso quejido de unos padres cuya hija les fue arrebatada cuando apenas comenzaba a asomarse a la vida. Otro era el lamento de una joven que quedó viuda a los pocos días de casada. Otro, el plañir lastimero de una madre cuyo único hijo murió en un accidente aéreo.

De pronto, al mirar el cementerio sembrado de obeliscos truchos, se me antojó pensar que aquel camposanto no era sino un grito de protesta que se alzaba al cielo, grito de dolor por tanto obelisco trucho, por tanta tragedia inexplicable, por tanta vida que terminó, pero quedó inconclusa.

Y se me ocurrió también que en fin de cuentas eso es la vida humana: un camposanto sembrado de obeliscos truchos, de relaciones y amistades que en otro tiempo fueron muy importantes, pero que ahora han quedado olvidadas, de sueños perdidos, de capullos que no llegaron a florecer, de flores que no dieron fruto, de frutos sin semillas, de semillas que no germinaron...

Al reunirnos aquí en Conferencia Anual esos son los sentimientos que nos abordan. Miramos a los escaños en derredor nuestro, y vemos los lugares vacíos que han dejado quienes antes llenaron nuestros corazones. Miramos dentro de nosotros mismos, y vemos la obra incompleta: todo lo que pudimos haber hecho y no hemos hecho; todo lo que pudimos haber sido y no hemos sido. Miramos a nuestras decisiones del año pasado, a nuestros sueños y nuestros

esfuerzos, y ¡vemos tanto obelisco trunco!

Tal parece ser el agridulce misterio de la vida, de la vida que por larga que sea queda siempre inconclusa, como aquellos obeliscos truncos del camposanto habanero.

Pero hay otro misterio aun mayor. El Misterio infinito que nos ha traído hasta esta hora.

Misterio escondido desde antes de la fundación del mundo, según la Epístola a los Efesios.

Misterio que nos ha sido revelado, pero no por ello menos misterioso: el “misterio que Dios se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo como en una sola cabeza, al llegar el cumplimiento de los tiempos, tanto las que están en los cielos, como las que están en la tierra”.

¡Reunir todas las cosas en Cristo, como en una sola cabeza! Misterio de la soberana voluntad de Dios, que la mente no comprende, pero el corazón abraza. En Cristo, no hay obeliscos truncos.

En Cristo, este momento fugaz cobra dimensiones de eternidad. En Cristo todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, encuentran su significado y su culminación.

Gracias a Cristo, en quien no hay obeliscos truncos, podemos lanzarnos a la aventura de la vida sabiendo que, aunque desde el punto de vista humano quede inconclusa, él le dará

cumplimiento. Gracias a Cristo, en quien no hay obeliscos truncos, podemos hacer planes en esta conferencia, y hasta soñar sueños, sabiendo que nuestros esfuerzos él los llevará a feliz

término. Gracias a Cristo, aun en medio de esta vida y de este mundo que parece ser un

cementerio sembrado de obeliscos truncos, podemos tener esperanza; podemos tener alegría; podemos tener vida que se sobrepone hasta a la muerte misma. Porque en él nos ha sido revelado el misterio de la voluntad de Dios, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.

Amén. Así sea. Ven, Señor Jesús.

